

Abrumador déficit comercial

Para evitar estallidos, la devaluación de la moneda es inexorable

La inversión para exportar requiere rentabilidad y el sector exportador necesita, invariablemente, un cambio en los precios relativos.

Eduardo Conesa
para El Cronista

Las cifras que se van dando a conocer sobre el tamaño del déficit comercial preocupan a los observadores económicos y también a las propias autoridades del Ministerio de Economía. Los 2.400 millones de déficit del primer cuatrimestre proyectados al año arrojan un déficit anual de 7.200 millones de dólares para 1994, lo cual implica duplicar el déficit de 1993. Otras proyecciones más sofisticadas realizadas por *El Cronista* colocan el déficit comercial de 1994 en 11.000 millones de dólares.

Es que la balanza de pagos entró, como era previsible, en un proceso de histéresis. El negocio del momento es importar insumos, armarlos y vender el producto final al triple en el mercado interno. O directamente convertir a las empresas industriales en meras importadoras y aprovechar las cadenas de distribución comercial y ventas existentes. El paradigma automotriz cunde. El régimen de *especialización* establecido en paralelo con el automotriz, refuerza la *adición* a las importaciones ya sobreestimadas por el dólar barato, a la mitad de su valor histórico.

El equipo económico está muy preocupado, pero se hace el distraído silbando y mirando para otro lado para no generar pánico. Pero la verdad es que toda la política económica de los últimos tiempos tiende a paliar sin éxito el creciente

déficit comercial. La rebaja de los aportes patronales, el Pacto Fiscal, la desregulación laboral y la jubilación privada son todos intentos de devaluar en términos reales sin tocar el dólar nominal. Por lo visto, todo ello es un fracaso estrepitoso pues el déficit comercial sigue aumentando aceleradamente.

Frente a lo abrumador de las cifras del déficit comercial se inventan excusas falsas. Se dice que se importan bienes de capital que luego permitirán aumentar las exportaciones y así repagar la creciente deuda en que se incurre en la actualidad con los déficit comerciales registrados. Esta argumentación es refutada en mi reciente libro *Los secretos del desarrollo*, Planeta 1994. Esta argumentación pasa por alto que los bienes producidos por una economía se clasifican en transables internacionalmente, como son los de la industria en general y el campo, y no transables, como son los servicios en general. Como no hay rentabilidad en la industria sin privilegios, que es la eficiente, y como no hay rentabilidad en el campo, que es también eficiente, no puede haber inversiones ni compras de bienes de capital importantes en esos sectores. La importación de bienes de capital se dirige básicamente a los servicios no transables internacionalmente y, en todo caso, al sector industrial ineficiente que necesita de privilegios como el automotriz. En todos los países del mundo la inversión se financia primordialmente con generación interna de fondos de las empresas, es decir principalmente con ganancias. Y como no hay ganancias en los sectores transables no puede haber inversiones en estos sectores.

Todos los economistas sabemos, desde Adam Smith, que los empresarios siguen la regla del provecho personal, y que al hacerlo, como guiados por la famosa *mano invisible*, terminan favoreciendo el inte-

rés general, aunque esa no hubiese sido su intención. De acuerdo con la nueva economía política de las pérdidas que inaugura el actual equipo económico, parecería que los empresarios invierten en la industria sin privilegios y en el agro persiguiendo el interés general con toda intención, aunque con ello experimenten cuantiosas pérdidas. Si esta nueva economía política fuera la verdadera, sería posible que los empresario argentinos inviertan fortunas para exportar, de puro patriotas, aunque con ello pierdan su dinero. Obviamente, la economía política del equipo económico es absurda.

Basta de *wishful thinking* señores del equipo económico. La inversión para exportar requiere rentabilidad en el sector exportador y la rentabilidad en el sector exportador requiere a su vez, invariablemente, un cambio en los precios relativos a favor de ese sector. En otras palabras: una devaluación en términos reales. Dice al respecto el conocido economista Jeffrey Sachs en su reciente libro de texto elemental *Específicamente, el movimiento desde déficit a superávit comercial requiere tres cosas: (1) una declinación del consumo relativa al ingreso; (2) una depreciación del tipo de cambio real, lo que significa en este contexto un aumento en los precios relativos a favor de los transables y (3) un desplazamiento en la producción desde bienes no transables hacia transables.* (Macroeconomía en la economía global, Prentice Hall Hispanoamericana, 1994, pág. 682). Cuanto más se demore el reconocimiento de estas verdades por el equipo económico mayor será la devaluación en términos reales necesaria para revertir el proceso de *histéresis* y *adición creciente* a las importaciones que el tipo de cambio recontrabajo genera en la economía argentina. Todo lo demás es, en mi opinión, macaneo libre o pensamiento voluntarista, sin valor alguno, para confundir a la masa de la opinión que no tiene por qué saber economía. Tome nota el presidente Menem porque el ajuste impuesto por las circunstancias puede caerle en pleno proceso de reelección presidencial. La bomba le puede estallar en las manos como le ocurrió a Alfonsín-Sourrouille y su equipo. La historia se repite. ♦